corazones frescos recién lavados

Guadalupe Domínguez

La Respuesta

Es realmente difícil la pregunta que me acabas de hacer. Preguntas, como si fuera fácil hallar una respuesta correcta, qué siento por ti. Hace un tiempo te hubiera contestado que eras mi mejor amigo, que te quería como a un hermano, y ahora te diré que aunque sigues representando en mí esa amistad fuerte y vigorosa de antes, hoy mi cariño ya no puede definirse como fraternal, pues simplemente te quiero, como nunca he querido a nadie y como sé que nunca volveré a hacerlo. Eres la primera persona que realmente veo por las mañanas, y la última por las noches, porque siempre te veo en mis sueños. Eres mi única esperanza de encontrarle un final feliz a esta vida desastrosa, y junto a ti siempre soy mejor incluso de lo que soñé que podría llegar a ser. Siento por ti todos los sentimientos que existen, porque a veces hasta te odio, porque algunas veces me lastimas sin sospecharlo siquiera. Siento alegría cuando te veo, agradecimiento porque existes, ternura cuando me miras, miedo cuando me doy cuenta de que sólo tú eres capaz de lastimarme, seguridad entre tus brazos, terror cuando pienso que podría perderte, me invade una locura constate e inexplicable por ti y siento la certeza de que sólo tú eres capaz de bajarme la guardia y provocarlo en mi interior.

Si tú me lo pidieras, lo perdería todo por ti, y te quiero aún más porque sé que nunca vas a pedírmelo , porque te preocupo. Para mí eres el mejor ejemplo de que sí existen cosas perfectas, y el misterio más grande del universo porque se me hace una casualidad sospechosa que hayamos nacido en el mismo mundo, en el mismo tiempo, y que hayamos seguido dos caminos tan distintos que terminaran desembocando aquí, poniéndonos juntos.

Sonará trillado, pero para mí lo eres todo, y no cero que haya vida, no me explico el amor después de ti, porque tú mismo eres mi

propia definición de esa palabra. Me da miedo pensar que habrá un final, porque quiero morir mirándome en tus ojos, pero si hay un adiós, si algún día tú no estás junto a mí, sé que tendré que morir y renacer varias veces para hallar de nuevo a alguien que me haga sentir lo mismo que siento por ti, y es que siento por ti todas las canciones, todos los poemas, todos los libros que hablan de amor, todos los besos, todos los paisajes, todas las cosas bellas del mundo. Te aviso, amigo mío, que tu pregunta es un absurdo, porque no hay una sola cosa que no siento por ti: te siento en cada movimiento de mi cuerpo, en cada latido, en cada paso, cuanto me da por respirar y cuando escribo, has ocupado hasta los rincones más inhóspitos de mi vida y todo lo mío te pertenece.

Yo no lo sé realmente, porque nunca antes lo había sentido, pero casi tengo la seguridad de que todo eso tiene un nombre, aunque sea un nombre deficiente por el simple hecho de ser humano, y me parece imposible que en cinco letras se pueda resumir el milagro de encontrar todo el universo entre tus ojos, pues sin dar tanta vuelta, casi podría decir que te amo.

Oración blasfema

Creo en ti, mi Dios Imposible, porque ante lo que veo tú eres mi única esperanza de que el hombre sea más arte que animal. Creo en ti porque creo en los colores mágicos de los atardeceres de otoño en el campo, y porque veo las estrellas y descubro la inmensidad de las cosas que aparecen pequeñas ante mis ojos. Creo en ti porque aún tengo fe en la vida, que igual me ha dado dolores y alegría sin tomar en cuenta mi propia condición, pero a cambio me entregó el coraje necesario para ser feliz en mi supervivencia cotidiana. Creo en ti porque necesito hacerlo, porque un día dejé de creer, pero al buscar respuestas todos los caminos me condujeron de nuevo hacia ti. Creo en ti porque soy libre de no hacerlo y sin embargo algo muy dentro me da valor para aceptar que confío en tu existencia. Creo en ti porque he renegado, blasfemado de ti y tú nunca me has dejado. Creo en ti porque jamás me has dado menos de lo merecido, y a cambio muchas veces me has entregado más de lo que esperaba recibir. Creo porque a cada nuevo golpe que me diste, me hiciste un poco más fuerte, porque me enseñaste a crecer. Creo en ti porque no sé hacer otra cosa, porque sin ti me sentiría vacía, perdida en un abismo sin caminos de salida, porque soy feliz creyendo y porque al pensar en ti mi racionalidad desaparece y ya sólo me queda esta enorme fe de que en donde esté, tú siempre estarás dentro de mí.

La soledad y yo

La soledad y yo somos viejas conocidas. Desde que nos vimos por primera vez ella se aferró a mí y a mi vida, se infiltró donde pudo, me ofreció su gélido refugio.

Ella me necesita, o eso es lo que creo yo. Si no, ¿entonces por qué no se aleja de mí, o aunque a veces lo haga, al final siempre vuelve?

A veces es mi amiga y a veces mi tirana, pero siempre es mi sombra. Se encarga del silencio en casa cuando vuelvo cada noche, y de las luces apagadas porque no hay nadie que las encienda si yo no estoy ahí. Es quien se burla de mí cuando le hablo al aire, o da piruetas, feliz, porque me siento enferma y nadie está ahí para enterarse de ello. Ella come conmigo, cena, desayuna y hace lo demás. Encuentra divertidos mis esfuerzos por olvidarla, y cuando se aburre me dice «es inútil, tonta, yo sigo aquí».

Hace no mucho creí que por fin había logrado burlarla. Me supe feliz y en compañía. Ella, herida, se fue de vacaciones sin avisar y por un instante creí que su fuga era definitiva. Y entonces sucedió (no tiene dos meses de esto): el día menos pensada tocó a mi puerta, entró sin pedir permiso, muy feliz y bronceada, cargada de maletas y dijo:

—¿Qué crees? Te perdoné, ¿en dónde está mi habitación?

Hay ocasiones en que odio ser educada, porque si no fuera por los rígidos modales que me inculcaron, la habría corrido en el momento, pero no, no pude hacerlo, y ahora es demasiado tarde, ella ya se instaló en casa y, por lo que veo, no tiene planeado irse en mucho, mucho tiempo.

Espera

Es a ti a quien espero. No te conozco ni te adivino aún en ningunos ojos, pero sé que existes, que quizás también esperas tú por mí, que un día nos conoceremos.

Tengo fe en ti y en que llegarás a mi lado como tengo fe en que Dios existe. Si no lo creyera no podría seguir adelante, no tendría razón esta caótica vida que llevo. El otro día leí que tu mejor amigo también fue alguna vez un completo desconocido, quizá así deba ser siempre: uno sigue un camino sin pensarlo, sin terminar de entenderlo, y alguien en otro punto y de manera igualmente fortuita, sigue su propio camino que eventualmente conduce al tuyo. Puede ser que te encuentre y me quede a tu lado, que te reconozca por tu sonrisa o tu conversación, o por la manera en que digas ¿por qué no tomamos un día de estos un café?

Te espero paciente porque sé que te hallaré, aunque nunca haya conocido a alguien como tú, el que me dará un hogar verdadero con una familia que por fin sea mía, el que verá conmigo museos y tiendas y películas, que un buen día me pedirá «quédate a mi lado», el que me dará un hogar verdadero con una familia que por fin sea mía, con el que platicaré horas mientras lo miro, el que me enseñará la alegría del amor compartido, el sueño placentero en brazos conocidos.

Estoy sola ahora, pero yo continúo esperándote, tú, el que perdurará, el que no se irá cuando yo sea bueno y te quiera, el que me enseñe la felicidad en compañía. Cuando te encuentre ¡Ah! Cuando te encuentre, yo lo sé, tantos años de soledad tendrán sentido.

Cuando el amor se vuelve caricia

Cuando el amor se vuelve caricia y luego beso, roce y madrugada que antes fue noche en compañía, la sórdida realidad que proporcionaba el pasado, las creencias religiosas, o políticas o futbolísticas, las telarañas familiares, el olor a viejo que guardaban algunos recuerdos, todo, todo desaparece, o pierde sentido, o a quién le importa ya lo que sucede con ellos (los fantasmas de otros lugares ahora perdidos) si se ha vivido el amor, si se ha construido a fuerza de besos náufragos, de caricias a veces torpes, a veces apresuradas… a veces certeras, un pedazo de paraíso. ¿A quién puede importarle ya los malos momentos si éstos se han ido con la ropa que te separaba de su espalda, de sus inseguridades, de sus defectos y de sus brazos firmes que te sujetan y juegan contigo mientras te protegen?

La decisión

He tomado una decisión... no te burles, hablo en serio. ¿Que qué tiene eso que ver con lo que estábamos hablando? Pues supongo que nada, pero ¿a quién le importa? Simplemente de pronto, mientras hablabas, comencé a divagar sobre ti y sobre mi y sobre todo esto que voy sintiendo con el paso del tiempo.

Sí, sí, ya sé que de nuevo estoy dando vueltas sin sentido al tema, ¿pero qué quieres que haga si siempre he sido dispersa?... ¿qué dices? ¡ah, sí!, la decisión, mira que ya se me estaba olvidando... qué incómodo es esto de decir éstas cosas, ¿verdad?... no me mires feo, deja tomo aire muy profundo a ver si me vuelve la inspiración... no te desesperes, retomo el hilo:

(Te decía que) He tomado una decisión, quizá sea importante, quizá no. Hoy en la mañana desperté con el buen sabor de boca que me dejó soñar contigo. Desayuné tu nombre, oí tu voz en los acordes de la música del radio, vi tu rostro en el anuncio de la TV y básicamente me acompañó tu fantasma hasta el momento mismo en que te tuve frente a mí, de carne y hueso, y desde ese momento hasta aquí no he logrado fijarme en otra cosa que no seas tú.

Hace media hora decidí que ya era suficiente de andar jugando a hacer como que no te quiero. Alborotas cada partícula de mi cuerpo y tu sonrisa puede con mi voluntad. Me alegras los días como hace tiempo nadie lo hacía, me conmueves y mis poros (todos y cada uno) piden, exigen tu piel rozando mis sentidos. Decidí tomarte en serio.

Inicios prohibidos

Quizás sea una tonta por esto, pero ya no puedo verte tan sólo como a un amigo. De alguna manera te infiltraste en mis pensamientos, y en mi sonrisa ahora estás presente.

Sospecho que te has convertido en parte de mi rutina como el recuerdo de una noche que jamás pasaremos juntos. Sé que eres tan prohibido para mí como yo para tus sueños, pero ¿qué hago con este deseo que tú sembraste en mí de sentir tus labios y tus manos recorriendo mi cuerpo?

En nuestras vidas no hay lugar para esta locura, pero si es así, ¿por qué nuestros ojos se empeñan en decir lo contrario? Tu mirada te delata tanto como a mí la mía. No podemos fingir que no ha pasado nada porque sí sucedió, es real e inquietante dentro de nosotros; todo este remolino de sensaciones embriagantes igual me asustan que me provocan.

Contra lo que siempre creí, hoy eres parte de mi vida, ¿qué puedo hacer ante tanta confusión? Siempre te vi como un buen amigo más con el que era divertido salir por las noches de fin de semana, nada fuera de lo común y de pronto todo sucedió tan rápido que no me dio tiempo de sentir temor, ni siquiera culpa, de razonar un instante lo que estaba sucediendo. La música, el calor, la gente y el ambiente afrodisíaco hicieron surgir de lo más profundo de nuestro interior toda ésa sensualidad desenfrenada que me arrastró a esta riña que hay hoy entre mi conciencia y mi vientre.

Si volviera esa noche no cambiaría un solo movimiento, aunque pensándolo bien, esta vez no me quedaría con las ganas de besarte cuando mi remordimiento todavía no me gritaba que es incorrecto hacerlo. No me arrepiento de aquello, pero ¿qué hay de lo que sucederá de ahora en adelante?

Tenías razón aquella mañana cuando insistías en buscarme en ése preciso momento. No te equivocaste cuando predijiste que el que tomábamos sería el camino más difícil, lo comprendí desde ese mismo instante. Elegimos el camino más sinuoso, pero quizás el más adecuado. Nuestro camino ahora representa arder de anhelo de estar solos aunque sea un segundo y luego recordar que por el momento es imprudente. Nuestro nuevo juego se juega pensando que no debemos desearnos como lo hacemos, para luego mandar al diablo tanta racionalización en el instante mismo en que se cruzan nuestras miradas. Nuestro sendero me lleva siempre a tu nocturno cabello negro y a la sonrisa que veo en tus ojos cuando ellos me observan. Nuestro destino es quizás el más parecido a mi forma de vivir: impredecible, inquietante, rebosante de emociones y de pequeños detalles. Tal vez gran parte de la confusión radica en que finalmente todo esto resulta divertido, cuando en realidad debería darnos escalofríos. Quizás todo sea tan sólo la irresistible atracción por lo prohibido, aunque tendrás que admitir que todo este embrollo tiene algo de salvaje, de instintivo: atracción pura y animal que nada tiene que ver con los miles de años que (se supone) hemos avanzado en el proceso evolutivo.

Sin que nos diéramos cuenta algo definitivo cambió en nuestras vidas justo en el momento en que nos sedujo el ímpetu inesperado de mirarnos como hombre y mujer, sin más misterios. ¿Éramos realmente felices antes de ello? No lo creo, suponíamos que sí, pero ahora está claro que no estábamos del todo satisfechos. Simplemente vivíamos instalados en la comodidad de nuestras propias rutinas, sin cuestionarnos, sin buscar las cosas nuevas que le dan sabor a la vida. Pero dejar que la vida pase sin entusiasmo no es lo que en realidad deseábamos. Ahora me doy cuenta de que justamente esto era lo que estaba buscando: sentirme viva, llena de incertidumbre y de sonrisas que crecen en lo profundo de mi estómago y recorren mi cuerpo hasta rozar mi oreja, llenándome de escalofríos y de satisfacción por esta cosa tan maravillosa que es sentir que estoy de nuevo viva.

No hay modo de saber qué ocurrirá de hoy en adelante, tras el repentino cambio que dieron nuestras vidas, pero algo me dice que pase lo que pase, el cambio no es tan malo. Todo lo que antes me preocupaba ahora me da risa, y de pronto todo se ve más claro que antes de tu aparición. Te debo una, porque, quizás sin sospecharlo, me diste las respuestas que andaba buscando. Sólo por eso ya eres parte de mí, pasaste a ser parte de los ayeres que no podré olvidad,

aunque no estoy muy segura de si en este momento somos ayer o mañana, ya el tiempo dirá cuál es el tiempo de conjugación de nuestro sentimientos.

Rebeldía anatómica

No puedo pensar en nada que no seas tú. Estás en mi mente, clavado con clavos, estás en mi tacto, en mis brazos cuando los roza el viento. Estás en mis ojos y en mi olfato, ahí escondido en mi subconsciente.

Me paso las horas sin ti tan solo pensando, acumulando mis recuerdos, intentando tranquilizar a mis manos que no pueden tocarte, a mis pies que sufren porque sólo desean caminar a tu lado. Mi cuello te extraña, igual que mi cintura, mis piernas, y yo, mientras tanto, intento aplacar la revolución que mi cuerpo crea contra mi, la tirana que no los deja ni besarte, ni tocarte, que hace que todos en mí mantengan distancia. Hasta mi garganta reclama con gritos que apenas puedo acallar por no dejarla decirte las cosas que ella quisiera.

Y entonces, cuando casi se sale todo de control en mí llegas tú y mi cuerpo se aplazo, esperando. Platicamos como si nada y mis brazos se desesperan, muertos de ganas de rozarte. Se rebelan contra mí y toman tu brazo. Mi cuello, rebelde, recarga mi cabeza en tu hombro y se queda ahí, sintiéndote cerca. Yo muero de miedo y lucho contra ellos, temerosa de que te alejes y me recuerdes que el trato es ser amigos…

Pero entonces tu brazo se acerca lentamente al mío, baja a mi cintura y me acaricia, tímido. Mi cuerpo se queda quietecito, sin querer moverse para no espantarte. Luego mis hombros no pueden evitarlo un segundo más y se acurrucan en ti. Ahí pienso que lo he arruinado todo y que te apartarás de una buena vez, pero tu mano pasa por mi cuello, juega con mi cabello, y aliviada me quedo ahí, pensando que finalmente nuestra historia sí puede ser posible.

Mi corazón renace

Mi corazón renace, lo siento crecer dentro de mí, feliz, incontenible, libre. Mi corazón se desborda cuando se sabe nuevo, ya no te necesita, mi corazón puede reír contigo o sin ti, estalla, se siente, se sabe.

Mi corazón encuentra nuevos amores por donde quiera que va. Él ya sabe lo que me quiere, y ahora quiere amor, amar a quien lo ame, darle un nuevo sentido a mi vida, y ahora aquí lo tienes, tendiéndote trampas para construir este albur, donde no sé si te perderé o te tendré para siempre, pero ni a él ni a mí nos importa, porque sin que tú lo notaras salió de paseo con las puertas abiertas y encontró otros lugares donde también le gustaría estar.

Por hoy no soy tuya y se siente bien mi reencuentro con tanta libertad. Por hoy soy de nadie, porque soy sólo mía y de mis recuerdos, por hoy sonrío y pienso en el corazón que encontré cuando tú dormías sin soñar conmigo.

Mutaciones

Cuando un te quiero se convierte en te amo los miedos que mi espalda y la tuya venían cargando, los dolores, los malos momentos, los tragos amargos, todo se quiebra y yo los veo hacerse añicos a mi alrededor mientras me aferro a tus manos suaves, a tu cuerpo cálido, y me pierdo cada día un poco más en tu mirada que siempre me dice «no tengas miedo, aquí estoy yo para protegerte».

Cuando un te quiero muta y se convierte en todo esto que siento al pensarte, al sentir tu abrazo, al extraviar la razón de tus besos, ya nada me importa si no eres tú, y todo el pasado que insiste en existir aún, en estar vivo y respirar el mismo aire que yo, se vuelve insignificante, se convierte en hormiga que ha perdido su hormiguero, mientras yo, fuerte y feliz al saberme dueña de este amor imberbe, me deshago de él con un pequeño pisotón al tiempo que (una vez más) te beso.

Oda a la fortaleza (o Popeye)

Eres fuerte y yo te admiro por eso. Eres fuerte y tanto que no hay quien te gane jugando fuercitas, ni si quiera él, ni siquiera yo. Y mira que luchamos contra ti, cada quién por su lado y muy a su manera, jugando sucio en ocasiones, olvidando a veces que somos gente con honor.

Eres fuerte y te quiero por eso. No es para menos, si te alimentamos bien: te dábamos esos festines de sábado en la tarde, de noche en Coyoacán o de besos dulces, y tiernos, salvajes, y náufragos también, y hoy es de fiesta y carnaval este descubrimiento nuestro de que lo que te dimos fue suficiente para hacerte invencible.

Sus palabras y mi paciencia fueron tus espinacas, mi orgulloso Popeye que no te niegas a abandonarnos, hasta cuando jurábamos que ya habías pasado a ser comida de gusanos, tú como buen terco que eres resucitaste de improviso, cuando ya ni te esperábamos, y me recordaste que tu simple existencia es capaz aún de hacerte feliz.

Eres fuerte, eres grande, inagotable, eres todo lo que me une a él, mi mayor tesoro. . . eres amor.

Te quiero

Te quiero. A secas, sin introducción ni nada. Te quiero y ya, y al diablo con el que pueda suceder después, que yo ya lo dije. No hagas ésa cara, ¿qué te sorprende? ¿que lo dije de sopetón? Pues sé que no tiene nada que ver con la conversación, pero tenía que decirlo. La frasecita famosa que viene taladrando la cabeza desde hace un par de días. Escucho tu voz en mis silencios y mi subconsciente insiste en repetir:

Te quiero. No tiene nada de especial esa oración: ocho letras, dos palabras, sujeto implícito; y sin embargo es capaz de resumir todo el vació de mi estómago, y el nuevo brillo de mis ojos y mi sonrisa diferente. Gran frase, que incluso describe la ternura que siento al ver tu cara cuando cierras los ojos y yo te observo fingir que duermes.

No eres el primer hombre de mi vida. Otros me han besado antes que tú, otros me han entregada su cariño e incluso he querido a otros antes de tu llegada, y sin embargo eres el primero: el primero que tomo en serio, el primero con quien no temo a la segunda cita, el primer beso que realmente siento, el primero con el que voy muy lento y el primero en mucho tiempo que sé que no podré olvidar.

De locuras

Tengo ganas de jugar con fuego, de ser un poco atrevida, de hacer cosas tontas nomás porque sí… tengo ganas de besarte, sólo por hoy, sin pensar en las consecuencias, en el mañana, en lo que pueda suceder después.

No te lo voy a negar, hace tiempo que dejé de extrañarte, pero hoy, ¡qué diferente! Quizá fuera tu aroma colado en el café, o tus ojos disfrazados en la manzana que comí, quizá no fuera más que esta soledad que se apoderó de mi vida el día que te fuiste de aquí, el caso es que hoy te he visto en todas las apariciones, y la mejor de ellas fue cuando por fin te vi de carne y hueso, tal como te recuerdo.

Te ha sentado bien mi ausencia, te ves mejor. Me preguntaba cómo lucirías y aquí estás, sin ser nada de lo que esperaba, sorprendiéndome con tus formas, con tu madurez, con todo aquello que no pensé ver jamás en ti, pero que me agrada.

¿Mañana? No me importa mañana, mañana tú podrías no estar aquí, mañana el camino podría separarse de nuevo, quizá mañana no vuelva a escuchar tu nombre, pero qué me importa, si hoy estás de nuevo en mi destino, si te tengo enfrente, en el lugar y el momento correcto, si estamos juntos aunque sólo sea efímero, pero he soñado tanto con esta escena que se hará eterna en mi memoria, en mi poesía.

Quédate conmigo esta noche, acepta mi copa y los recuerdos que me gustaría compartir contigo, descubre cuánto he cambiado en este tiempo y déjame descubrirlo a mí también. Olvida el orgullo, al presente, a todas las cosas que nos separan y permite que suceda este viaje por el pasado que vivimos juntos, vuelve a descubrir la palabra «nosotros» en mi refugio, por esta noche vuelve a mí. No hablaremos de lo que seremos cuando el sol reaparezca, no hagamos planes ni promesas, vivamos por una vez este día a día, minuto a

minuto, como si el mundo fuera caduco y tuviéramos para nosotros tan sólo esta última vez.

¿Hace cuánto que no haces una locura parecida a lo que te estoy proponiendo? Yo llevo años de no hacer algo tan incoherente, la última locura que hice fue enamorarme de ti, y resultó ser de las mejores cosas que han ocurrido en mi vida… quizá sea por eso que hoy estoy aquí…

Días felices

Tu cuerpo me abraza y me protege aún cuando no estás aquí. Yo te llevo conmigo como si fueras un abrigo invisible, mi mejor escudo, mi superpoder.

Eres mi mejor noticia y el secreto que a voces gritan mis huesos. Mi deleite, mi sonrisa disfrazada de hombre, el mejor motivo que tendré para despertar mañana, mi poesía más cariñosa, mis días felices.

Anagrama oculto

Antes de que digas algo, antes de que niegues o confirmes lo que ya aclaramos anoche, deja que el silencio sea nuestro cómplice por un momento, veme a los ojos y permite que este diálogo que nos debemos, estas aclaraciones inconclusas sean precedidas por lo que nuestras miradas pueden decir en un parpadeo.

Iba a decirte todo lo que pienso sobre ti y sobre nosotros, sobre nuestra historia complicada, pero a última hora no me resulta tan fácil. Mi terrible timidez (parecida a la tuya, por cierto) me tapa la boca y me corta la voz para que no pueda explicarte lo sencillo que hubiera sido enamorarme de ti, lo mucho que me gustaste y lo mal que me siento por no haberte querido como merecías aquélla vez que estuvimos tan cerca de ser algo importante.

Algunas veces las historias como la nuestra si encuentran segundas oportunidades, la chispa a veces renace cuando menos lo esperamos entre nosotros durante todo este tiempo. Y ahora que no hay más murallas y sólo quedamos tú y yo, ¿qué se supone que haremos?

Mírame

Mírame. Sólo un instante, no pido más, sostén la mirada y no me dejes huir ¿no ves que estoy tan cerca que una palabra, un gesto, un roce lo decidirá todo? (Mírame y no me dejes huir).

Aquí entre nosotros todo ha cambiado y sin embargo la vida sigue igual: los mismos árboles con la misma sombra que nos cubre, las mismas conversaciones, el mismo mundo que ha visto germinar este amor incipiente (mírame y no me dejes huir). ¿Y cómo es que no existe la incomodidad ni el silencio, cómo podemos estar solos y no descubrir la timidez susurrando a nuestros oídos? Aquí nos tienes, en cambio, con una tarde hermosa y hablando de cine… ni siquiera de amigos que se quieren y no saben cómo seguir adelante, o de amores que fueron imposibles y luego, sin las barreras de antes se quedaron muertos de miedo sin saber qué hacer… sólo hablamos de cine, lejano, ajeno a nosotros (mírame y no me dejes huir).

Es curioso que ahora que lo dijimos todo, que no hay más por aclarar, que ya hicimos tangible nuestra historia (antes inconfesable) en vez de adquirir distancia nos hallemos más unidos que nunca. Que tú, siempre tan callado y distante, estés aquí platicando de tantas cosas; que yo, que soy tan tímida, pueda estar sola contigo y conversar, que las sonrisas sean tan sinceras, que no estemos abrumados, que seamos naturales y que todo sea normal (mírame y no me dejes huir).

Respóndeme algo… ¿crees en las segundas oportunidades? (mírame y no me dejes huir).

Definición

Te escribía una carta, pero no estoy muy segura de lo que debo decir… ¿qué hacer cuando las palabras se esfuman, cuando ni siquiera puedes definir lo que eres, lo que sientes, cuando no tienes certeza de estar haciendo lo correcto?

¿Qué nuevo espacio ocupas en mi vida? ¿Quién eres hoy que ya conozco tu desnudez, que ya he sentido tus manos alrededor de mi cuerpo? ¿Qué se supone que soy para ti? Tengo dudas sobre todo lo que me rodea, sobre lo que hay en mi interior, y hasta una sencilla mirada me incita a morderme las uñas porque desde ayer ignoro cómo debo mirarte, cómo debo pensar cuando piense en ti.

Huellas

Las huellas de tu amor siguen aquí, prendidas en mi cuerpo, nutriéndome, iluminándome, haciéndome cada noche extensión de nuestra noche mutua.

El día que construimos el amor a fuerza de caricias me ha impregnado tu esencia en los huesos, y aunque parezca la misma mujer de antes, la gente nota que ya no soy ésa, que algo en mis ojos se ha transformado, y los más observadores incluso te adivinan escondido en mi mirada, y entienden que ahora mis ojos siempre que ven, en el fondo te ven a ti.

Y yo sé que tú me amas tanto como yo te amo, que también piensas en mí este día soleado, que no te irás, que estarás aquí la siguiente estación, que la noche pasada fueron reales las chispas a nuestro alrededor, que hubo magia y renacimos juntos en un parto eufórico, que tu y yo, los que fuimos, ya no existen en nosotros, y hoy sólo quedamos los nuevos, producto de este amor que no se parece a nada que hayamos conocido.

Puedo…

Puedo sentarme contigo toda una tarde y contarte las mil y una veces que sobreviví aún sin saber cómo, y sobre todos los lugares que he conocido, lo que aprendí en tanto camino recorrido.

Puedo ofrecerte un café cargado de sonrisas, de bromas y buenas impresiones, puedo escucharte y sorprenderme de todo lo que a tu vez te ha tocado vivir, aprender sobre tu mundo, volverlo de alguna manera parte del mío.

Después puedo caminar a tu lado con el atardecer de testigo, y resaltar las cosas bellas que sólo muestra la luz dorada de las seis de la tarde. Puedo enseñarte el lugar donde venden los mejores helados, y al final de todo construir junto a ti un beso multicolor que nunca olvides y nos una de nuevo.

Recuerdos

Te contaré una historia, un recuerdo, un secreto, una fantasía, una locura. Lo contaré porque sí, porque me da la gana, porque últimamente lo recuerdo.

Hubo un día, no muy lejano, en que te quise (¡y tanto!), algunas veces me pregunto si en medio de tanta locura no te habré amado, yo sé que este cariño tan grande fue mutuo porque hubo momentos en que miraste y tus ojos se quedaron en los míos, atrapados en el hechizo que mi cariño les daba. Por instantes, apenas suspiros de mariposa, tú me quisiste un poco y olvidaste tus alas, pero ésas alas siempre estarán contigo, y como a las aves, te obligarán a marcharte cuando amanezca de nuevo.

Hubo una vez en que todas las noches soñaba contigo, con todo aquello que siempre te arreglas para darme con una sola mirada... y yo te quise y me soñé orgullosa, declarándome tu mujer, la tuya, sabiéndote mío, mi hombre, mi pareja, mi columna, mi fuerte, mi niño.

Hubo un tiempo (¡hace tanto!) que le encontré un sentido a mi vida vacía, y llené mi sed de amor en tus labios, y temí morir sólo por faltarte a ti, porque me sentía responsable de tu felicidad, porque morir sería hacerte llorar.

Hace tiempo fuiste el centro de mis sentimientos y mis estados de humor se hallaban a tu merced, lo eras todo y yo lo sabía, pero a pesar de todo no tenía miedo, porque mi fuerza, mi apoyo, mi esperanza eras tú.

Fuiste tantas cosas en ése tiempo que ahora duele recordad, pensar en lo que sentía al besarte, al saberte, al sentirte, al pronunciar cada palabra, como «cacahuate», «frijol» y saber que siempre, toda oración, todo ruido en mi boca decía: «me haces tan feliz».

¿Dónde quedó ése amor, dónde tú y yo éramos nosotros? ¿Cuándo me acostumbré a no tenerte, a compartirte, a olvidarte, a odiarte? ¿Por qué nunca te quedaste junto a mí? Duele tanto el saberlo como el no entender tanta distancia, tanto dolor, tanto cuento con el final equivocado, y yo te quise… tal vez, sin sentido, te quiero aún un poco.

La costumbre

A veces te recuerdo. Sucede siempre que intento dormir y tú de necio te cuelas en mis sueños. ¡Pobre de mi terco subconsciente! Por más que yo intento explicarte que ya eres pasado, él insiste en hacerte presente, en traerme de nuevo, como si aún fueran reales, aquéllas sensaciones que a tu lado me eras tan cotidianas: el contacto suave de nuestros labios, el sonido grueso de tu voz, la humedad de tu espalda blanca, fresca y acogedora cuando mis manos la acariciaban.

Yo no sé para qué te recuerdo si sé tan bien que no dejaré que vuelvas esta vez a mí… o quizás sí, ya ni sé qué pensar de mi supuesta fuerza de voluntad que nomás no puede dejar de pensarte. Quizás sea tan sólo la costumbre de quererte.

Cuando el amor se acabe

Cuando el amor se acabe y sólo queden las sobras de lo que fuimos un día, ¿qué haremos tú y yo? Cuando podamos vernos sin desear un beso, cuando los celos caduquen, cuando deje de importarme si te vas para siempre, ¿en qué me convertiré cuando pueda ser feliz aún sin ti?

No lo sé y tampoco estoy muy segura de que me importe. Por estas fechas y sólo sé que la libertad (mi eterna tirana) se apoderó de nuevo de mí y en cierta forma me agrada el cambio. A veces lo entiendo, no sería tan malo vivir sin tu cariño.

¿Qué hiciste con todo ése espacio que me ocupaste alguna vez, en los días en que podía ser cualquier cosa tuya, cuando pensar en ti me provocaba una revolución estomacal? Lo tiraste a la basura, eso fue lo que hiciste: ignorarlo, patearlo, escupirle encima... me alejaste de tu vida, de tus sueños, de todo lo tuyo.

Los principios de las historias siempre son felices, ¿pero qué hay de nuestro final? ¿En qué escondido recoveco de tu ego quedó oculto el capítulo en que acabamos juntos, saludando cada mañana con un beso mutuo mientras te digo cosas dulces, consciente de que mi vida terminará junto a ti? Nuestro momento pasó y ya no podemos revivirlo. Se acabó, y esta vez comprendo que es de verdad. La oscuridad ahorcó todo mi cariño, y este gusto a nada que tiene todo lo que me dejaste terminó por apartarme para siempre de ti.

Y a pesar de todo, a veces te quiero...

Añoranza

Últimamente te vengo pensando. No sé qué más puedo decirte ahora que mi sombra y la tuya ya no se encuentran, que nuestras conversaciones las gobierna ese silencio enojón y voluntarioso que siempre tiene la última palabra en nuestros escasos encuentros.

Últimamente soy tan feliz que quisiera contártelo, compartirlo contigo. Reír a tu lado y contarte que por fin lo he conseguido, que después de tanta lucha, de tantos años de soledad, hoy tengo a mi lado a ése que un día te dije sabía bien que existía... a ése que siempre supe no eras tú, que existe y me ama, que está aquí siempre para brindarme un abrazo.

¿Cómo tomar un café sin ti, cómo estudiar, como sentirme entera sin tu abrigo? Y mientras más escribo más entiendo, más me sorprende comprender que todo este luto que no acaba de terminar por haberte perdido es ajeno a la pasión, a la sensación de tus besos, a las cosas que me diste, porque hoy no las necesito, porque tengo eso y mucho más. No, extrañarte no es echar de menos todo aquello que un día me hizo daño.

Extraño las tardes de otoño en que tus bromas me hicieron reír, extraño el mundo que me enseñaste y que sólo habita en tu mente privilegiada. Tu voz en el teléfono y tu manera de ver la vida. Te extraño en mi ambigua realidad, te extraño en las librerías y cargando a tu hermanito. Tu lenguaje raro, tu manía por no parecerte a nadie.

Te extraño antes de nosotros, extraño a ése amigo que yo sé bien que nunca existió... que no volverá, que perdí en medio de todo aquél enredo que por momentos me hizo odiarte, y que ahora no es más que un vago recuerdo.

Cuando el amor terminó así de repente recordé que también fuiste mi amigo, mi compañero de andanzas, mi cómplice, mi mejor con-

fidente. Hoy que las heridas sanaron, que ya no hay rencores, que sé que no podría volver a besarte, de alguna manera sé que lo tengo todo, todo para ser feliz, pero no estoy en paz porque no estás conmigo. Aquella amistad es lo último que aún echo de menos.

Desde aquí te extraño

Desde aquí te extraño. Desde mi mundo donde no puedes estar, desde la vida que no puedo compartir contigo, y aquí me tienes instalada a la fuerza en el destino que me aleja de ti cada día un poco más.

Sé bien, sé de sobra que no tengo derecho a pedirte que detengas tu vida, ni tu futuro, ni tu vuelo por mí, que soy ésa que debe de verte a los ojos y decirte firme que todo estará bien, porque aunque sé que con un parpadear tú lo dejarías todo por mí, para estar conmigo, no lo haré porque te amo lo suficiente como para quedarme sin ti si es que eso representa lo mejor para nosotros.

Y mientras tanto me pregunto qué haré cuando me acostumbre a la vida sin ti, a verte como una referencia que existe en mi vida porque sí, porque está ahí y una vez estuvo en mi historia.

Me asusta acostumbrarme a ser feliz sin ti, me asusta cambiar y dejar de quererte, enamorarme de alguien más y notar una mañana que sin que lo buscara te convertiste en pasado.

Historia

Es la historia de una mujer que te amó un día, que supo desde el primer instante en que te conoció que inevitablemente viviría a tu lado sus mejores y peores momentos, que se enamoraría de ti, que serías su dolor de cabeza la mayor parte de las veces, pero que habría días mágicos, y tanto que a veces pensaría que tanta complicación podría valer la pena sólo por unos pocos de esos días de cuento de hadas.

Es la historia de una adivina que te conoció mucho antes de lo que imaginas, que supo de ti y de su historia a tu lado desde el principio, lo supo todo, hasta que sufriría, pero ya no pudo irse, no pudo huir aunque lo intentó, y vio cumplir una a una sus predicciones sin que quisiera evitarlo. Es el cuento de una mujer que dedicó a vivir en vez de pensar en futuro, que te almacenó en los montones de poesía que te construyó. Es la historia de una mujer que te amó.

Ella creyó que tendría un final diferente sólo porque su vida cambió junto a ti, sólo porque creció en tu mirada amarilla, inteligente... Es la historia de una mujer que ya entendió que todo tuvo un sentido, que quererte no fue tan malo porque le hizo entender de la vida y el amor, que los hombres como tú, que nunca serán suyos porque sólo se pertenecen a sí mismos, que comprendió de las guerras que sólo nacen para aprender la derrota, de los finales donde ella gana y el otro sólo puede perder. Es la historia tuya y mía, de cómo perdiste mi amor, de cómo sonrío sin ti, y sigo adelante y te olvido, de cómo entendí que aunque te mire a diario y a veces hasta me des todo lo que necesito, salir de la jaula que construiste es tan fácil como los días despejados, tan sencillo como sonreír y conocer nuevos amores, corazones frescos, recién lavados, que sólo buscan enamorarse de alguien como yo.

Es la historia de mi risa que ya no te busca, de mis labios que no se imaginan encontrando los tuyos, de mi viada que ya no te necesita… es la historia de mí, siendo feliz sin ti.

Difuminación

Esta noche no dormí, se me fue el tiempo pensando en ti. Mi pasado sigue por aquí, flotando en el ambiente, pero yo ya no lo observo con rencor porque ahora comprendo que son todos esos tragos amargos los que me trajeron hasta la guarida que siempre encuentro entre tus brazos.

Ahora amo ese pasado abominable por ser parte de nuestra propia historia, y qué curioso, cuando llegué a este punto vi tu foto y el pasado se hizo nube y marchó mientras yo te veía y sólo podía pensar en lo mucho que me estoy enamorando de ti.

Me gustan tus besos y tu voz, y la expresión que haces cuando me miras. Me gustas cuando dices «te adoro» y cuando estás aquí a pesar de que mueras de sueño. Me gustas cuando me abrazas fuerte y cuando hablas quedito par que sólo yo te escuche... y es que poco a poquito hemos ido convirtiéndonos en uno solo, en nosotros.

Tú siempre estás aquí, aunque te vea tan poco. Tu ahora impregna mi piel y la nutre, y la deja lista para sobrevivir a la espera semanal, para que cuando te extrañe sólo tenga que aspirar profundo y encontrarte ahí, justo en el centro de mis pensamientos, ocupándome todos los sentidos... ¿cómo puede competir mi pasado con eso?

Te sigo amando

Mientras más pasa el tiempo, más te borras de mi memoria. Hoy apenas eres la sombra de un dulce recuerdo: pasado que tiendo a olvidar y no más.

En mi espacio, aún vacío, ya no haces falta tú. Ya no suspiro a diario tu nombre, ya ni siquiera recuerdo del todo tu voz. Mi café de media tarde no me sabe ya a tu boca, ni espero oír tu conversación del otro lado del teléfono.

Te superé (o eso quiero creer). Aprendí en mala hora a vivir sin tus caricias. ¿Y de ti, que habrá sido? ¿Cómo será tu vida después de mí? quizá yo no fuera en tu vida más que una pequeña aventura, un desliz de ésos que olvidarás cuando llegue de nuevo la primavera. Quizá yo no fuera algo importante para ti después de todo, pero para qué me engaño si sé que no es así. Al final de tus sueños volverás a encontrarme, hay algo de mi risa que se apoderó de ti, mi esencia no te habrá abandonado después de todo este tiempo.

He intentado querer a alguien más. He besado otros labios, he acariciado otros cabellos. He vivido nuevas aventuras, he hecho nuevos amigos y hasta he tratado de ser quien fui antes de que tú y tu torbellino cambiaran mi vida para siempre. Te juro que lo he intentado, cada día un poco más, pero todo ha sido inútil: te sigo amando.

Tu indiferencia

Tú estás a un lado, ¿y eso a mí qué? Siento tu aroma fresco que llega por oleadas a mis sentidos, invadiéndolos todos con tu cercanía. Cierro los ojos y me digo que me gustaría sentirte tan cerca de mí como lo estás de mi cuerpo.

Me encantaría sentir tu brazo en mi espalda, tu mano en mi cintura estrechándome fuerte, percibir algo que tuviera que ver siquiera un poco con lo que sé que sientes por mí, y sin embargo con tu olor delicioso, cálido, incitante, me llega también tu fría indiferencia, esa manera tan tuya que tienes de ignorarme, como si no me desearas, como si te importara un cacahuate si beso a otro buscando tus labios.

Escribiendo he suspirado mi aburrimiento, mi desesperación ante tu lejanía. Me he hastiado de ti, de lo que quisiera hacer contigo. Hace tiempo ya, escribí una noche repleta de esperanza, pensando que un día tu leerías mi poesía ilusionada. Hoy sé que ya no será así, lo adivino en tus gestos y en el vacío que siento cuando estás tan cerca. Un mundo me separa de ti en los pocos milímetros que hay entre tu piel y mi boca. Un mundo que sé que no franquearé jamás, y que aunque no llegarás a ser algo importante, aunque seas tan sólo un momento a olvidar, duele sentir entre los huesos, tanto como el vacío de saber que mañana no te podré recordar.

La telaraña

En mi mente estás, en el tacto de mi piel, en mi risa, en mi andar. Sigues aquí, y tú lo sabes tanto como yo lo sé, lo adivinas, me adivinas como cosa tuya, y te aprovechas de ello, utilizas tus trampas, una a una, tejes tu telaraña en torno a mí, me acorralas. Y yo aquí, en medio de tanto pasado que nos aleja, te odio y te amo sin entender muy bien el por qué no puedo tan sólo irme de ti. Será que me has atrapado, que estoy a merced tuya, que sin que yo me enterara me construiste esta prisión sin cerraduras que un día (yo lo sé) terminará por volverme loca.

Te amo y te odio, ¡qué tontería! ¿Cómo fue que vine a terminar así, odiando tu abrazo pero esperándolo cada momento, soñando contigo aunque mis sueños sean crueles? No encuentro la salida a este suplicio, te juro no sé cómo escapar de ti.

Tú eres mi tirano, el ojo amenazante que nunca deja de espiarme. Eres mi contradicción, mi enfermedad, mi enojo... y sin embargo te quiero cuando me miras, te quiero mientras pienso «ojalá te vayas y me dejes sola, ojalá termine un día este cuento sin fin».

¿De qué te sirvo así, para qué me quieres esclava impotente, intentando huir? Para que tenerme si mis alas están rotas, atadas en tus manos fuertes, desgarrándose en mis vanos intentos de volar y ser libre de nuevo, libre sin ti. Así no soy bella, así no soy más que la sobra de lo que fui para ti alguna vez, así no me tiene, así sólo nos condenas a sufrir. Déjame ya, te lo pido, te lo exijo, te lo imploro, déjame ir y sanar las heridas que tú dejaste, encontrando nuevas vidas, esperanzas y alas, encontrando razones nuevas para vivir, aunque sea sin ti.

En el inicio de los tiempos

EN el inicio de los tiempos te amé, y ahora aquí me tienes, huyendo de ti, buscando caminos para enterrarte en mi pasado, como suelo hacer con todos los muertos que a veces intentan continuar en mi mundo.

No te elegí, fuiste un azar de ésos que uno es incapaz de entender, llegaste a mí y nadie pidió mi opinión, simplemente viniste cuando yo aún no podía saberlo. Hoy comprendí que tú que sabía lo que hacías tomaste una mala decisión, pero así son las cosas y soy yo quien más caro ha pagado tu error.

Ahora sé que algún día olvidaré este poema, como lo haré contigo y la funesta huella que has dejado en mí. Continuaré mi camino y un día creeré que escribí esta despedida pensando en un amor como cualquier otro de los muchos que he tenido, pero no, porque hubo un día en que tú fuiste el amor, así de omnipotente, sin otro título más que ése: El Amor.

Has tenido y tendrás esa facilidad innata para elegir siempre el camino equivocado, qué tristeza por ti que yo no fuera tu excepción, porque te esperé muchas vidas (yo, que no sé esperar), ¡te pedí tantas veces que me retuvieras, que me miraras dulce y no me dejaras ir! Y ahora, como ves, es demasiado tarde para esta fallida historia tuya que alguna vez me rompió el mundo y el corazón, esta tarde porque una vida no te fue suficiente para amarme, y aquí estoy yo, la que siempre sobrevive, diciéndote adiós.

Adiós mi amor de infancia y tardes lluviosas de verano, adiós mi doloroso amor imposible, adiós amor egoísta que jamás se percató de que ni si quiera tú sobrevivirías a tanto dolor y adiós a mí, la que alguna vez fui a tu lado, e intentó entenderte todos estos años perdidos.

Hoy que me voy sé que pierdes tú mucho más que yo, y que por todos los días que te quedan sabrás cuánto hiciste para desterrarme de tus brazos, tal como entiendo lo trascendental de este final irrevocable, de este camino que hace tiempo me enseñaste debe ser sin retorno, y sé cuánto pierdes porque yo ya aprendí de ti y tu error, me hiciste fuerte muy a tu pesar y simplemente estoy comenzando a poner en práctica todas las cosas sabias que aprendí cuando tuve que salir adelante aún sin tu ayuda.

La tregua

Tú y yo deberíamos ser nosotros y sin embargo aquí estamos, tan separados, a pesar del techo que compartimos, del títulos que debería ser un lazo para ti y para mi, nada de eso nos sirve ahora, cuando lentamente y a mi pesar comprendo que por una vez no ayudarán los convencionalismos, las cosas que deberían ser, lo que cuentan los cuentos ingenuos y felices que alguna vez creí.

Porque tú, aunque duela tanto, siempre has sido tú, tan solitario que no recibes en tu lista de cariños otro nombre que no sea el tuyo, y yo que te quise, que incluso pensé serías tan eterno como siempre prometiste, estoy de luto por el amor que se me extingue, por las ganas de cuidarte y ser toda tu familia, por los años que ya no estaremos juntos y por las migas de ingenuidad que día a día va matando tu desprecio.

Quizá un día amaste a alguien, ¡qué triste entender que no fui y aquella persona a quien quisieras integrar en tu mundo! Ahora que olvidé cómo se Quijote me encuentro aquí entregando mis armas y rindiéndome en esta lucha imposible donde siempre se supo que ganaría tu orgullo.

Ni el mundo ni tu cambiaron, así que soy yo quien se transforma, ve claro y entiende que desde hace un tiempo toda paz a tu sombra no puede ser más que una triste tregua.

Despedida sin tempestad

Llevo tiempo pensando en lo que debo decirte ahora que nuestros encuentros tienen este triste dolor a despedida. Como mirarte, cómo hablar para no hacernos tanto daño, par que dentro de algún tiempo podamos recordarnos como lo que realmente fuimos: una dulce historia con un final tranquilo.

No lo he considerado poco, puedes estar seguro de ello. Desde hace algunas semanas todos los días despierto preguntándome si estoy en lo correcto, pero después de tanto análisis hoy sé que aunque nos duela, lo cierto es que el amor no es una receta ni una imposición, es más bien una llamita caprichosa a la que a veces le da por apagarse y cuando esto sucede no hay mucho más que hacer.

Yo quisiera poder obligar a mi amor a renacer, darle una sacudida y despertarlo de su sueño, pero por desgracia no se durmió, murió sin que yo me diera cuenta. Mi intención en esta historia jamás ha sido lastimarte, ni por un momento, y si me quedé en el último derrumbe fue simplemente porque ni siquiera yo me di cuenta de lo mucho que nuestros problemas habían mellado mi cariño.

Podría quedarme aquí a engañarme y engañarte, y tragarme esa historia de que para encender de nuevo al amor no hace falta más que un pequeño cerillo, pero ambos sabemos que ese camino simplemente nos llevaría a hacer de una hermosa historia nuestro infierno particular, hasta llegar a ese punto en el que nos preguntemos cómo es que una vez nos quisimos tanto.

No tengo derecho a tenerte más tiempo en vilo, porque al final de todo yo sé la respuesta que debo darte. Es simple: mis ojos ya no brillan como antes cuando estoy contigo, ni nace ésa sonrisa sin palabras que únicamente tenía como fuente de inspiración tu presencia de mi vida. Mi cuerpo no siente ya esa necesidad de ti que antes

era capaz de dejarme noches de insomnio y prefiero jugar juegos de mesa a besarte como antes.

Yo sé bien lo mal que suena y lo injusto que esto es para ti, pero lo cierto es que no sé en qué momento te me volviste un amigo. Estoy más agradecida contigo de lo que lo estuve nunca con nadie, y en mi vida has sido un gran apoyo, mi pequeño titán, me enseñaste tanto sobre mí y sobre el mundo que es difícil de creer, y sobre todo me diste esa fuente inagotable de amor y de afecto que durante un buen rato me hizo feliz. Por eso y por todas las cosas lindas que pasamos juntos te quiero y sé que no te olvidaré jamás, pero por ésta vez es triste admitir que ya tan sólo tengo para ofrecerte mi cariño, y quiero que sepas que mi puerta siempre estará abierta para ti, mi mesa siempre te guardará un lugar por si alguna vez necesitas hablar con alguien, porque en ése momento yo seguiré aquí, esperándote en mi mundo.

Y por lo pronto como toda despedida, ésta también tiene que terminar, para que los dos podamos seguir con nuestros caminos con el recuerdo dulce de la primera vez que amamos sin más secretos, sin más condiciones. Como dijo alguien, fue un placer coincidir contigo en esta vida, y por hoy es necesario digamos adiós…

Final absurdo

¿Sabes qué es lo peor de todo éste absurdo? Que ni siquiera puedo reclamarte nada, porque en realidad tú y yo, nuestra historia, ha sido algo inexistente, y creamos a base de buenos momentos un universo paralelo, en donde podíamos soñar que nos pertenecíamos, aunque fuera tan sólo por un instante. Ahora ése paraíso se ha acabado (lo hemos terminado), y cuando volvemos a la realidad de todos los días, me doy cuenta de que no estoy en posición de recriminarte nada, porque nunca tuve derecho a pedir de ti más de lo que tú estabas dispuesto a darme.

En este final absurdo no hay ganadores, porque ambos salimos perdiendo. Perdemos nuestras ilusiones, nuestro cariño, nuestro cachito de cielo, y no me acabo de resignar cuando me doy cuenta de que lo más importante es que también he perdido algo de i, un pedacito de esencia que se quiso quedar contigo, y que ahora te pertenece.

Sé que es tarde para decirlo, pero lo siento, aunque es evidente que en este momento mi arrepentimiento sale sobrando. Lamento haber comprendido tan tarde que al final de todos mis miedos, la única cosa cierta es que te quiero, aunque entiendo que mi cariño no fue suficiente como para que dejaras esa loca carrera tuya que no te deja detener ni por un momento, y te quedaras junto a mí en ésta, mi pequeña guarida.

Hay historias en las que las palabras salen sobrando, y hoy descubrí que la nuestra es una de ellas, ¡Qué rara es esta sensación de tener que confesarte tanto y no hallar la manera de hacerlo! Quizá sea porque al final en innecesario. Todas las canciones que ahora son tuyas, ya no es necesario que las escuches, mientras yo sepa que existen… tal vez en el futuro, cuando me sorprendas tarareándolas de vez en vez adivines que pienso en ti al recordarlas. Al final de todo,

mis pensamientos son lo único que me ha quedado de ti.

Entre tú y yo sobran las despedidas, después de todo ya sé que se ha terminado y tú lo entiendes también. Lo malo de terminar una historia verdadera es que las despedidas se convierten en un gastado y repetitivo rito en el que todos saben lo que se va a decir, el tono que se usará, todo. Todos dicen cosas que no creen y proponen cosas que saben que no son capaces de cumplir. En cambio, nosotros no recurriremos a ese viejo y lacrimoso camino, porque sencillamente nos miraremos una última vez a los ojos, y tal vez te pregunte si vas a ir con ellas, con la otra, con la que me quitó mi lugar en tu vida… aunque lo más probable es que tampoco la mencione y simplemente hablemos de algo así como el clima, y ambos sabremos que esta historia inexistente está llegando a su fin porque el adiós sonará definitivo, como un hasta nunca, y cuando te des la vuelta yo te miraré alejarte sin voltear hacia atrás, hacia mí, y no haré nada por detenerte (aunque muera por hacerlo), sólo me recargaré en cualquier parte, y mientras te mire en silencio, pensaré que ya va siendo hora de que también yo me de la media vuelta y me marche a seguir con mi vida.

Tal vez en otro punto de nuestras vidas volvamos a encontrarnos, o puede ser que dentro de un par de días decidamos de mutua acuerdo que es una verdadera estupidez eso de dejarnos y nos busquemos, y nos encontremos tan felices como siempre, y entonces tampoco diremos nada, sólo hablaremos una vez más del clima (pero esta vez con una sonrisa), mientras hacemos planes para ir a tal o cual parte. Ya lo ves, así soy yo y así son mis despedidas, jamás digo un adiós definitivo, y tras de nosotros quedará por siempre una puerta abierta, por si acaso se nos ocurre volver… aunque ya sé que no lo haremos.

Ahora, cuando evitamos las palabras que confirmarían lo que somos (lo que realmente fuimos), me pregunto cuál será nuestro futuro y veo en tus ojos, en tu semblante, que estás pensando lo mismo. Supongo que ocurrirá como siempre, nos alejaremos un par de momentos tristes y luego nos encontraremos en éste mismo lugar y seremos simplemente amigos. Tú habrás encontrado a alguien más, y seguramente yo también, pero no te lo diré. O a lo mejor tú retomarás tu camino y yo iré por ahí inventándome senderos nuevos, y nunca más volveremos a encontrarnos, pero un día, dentro de algunos años, tu te toparás con alguien que use mi perfume y yo hallaré por casualidad tu foto entre el montón de recuerdos abandonados, y

entonces sonreiremos y nos daremos el lujo de mirar por la ventana y recordar las cosas lindas que pasamos juntos, cuando no éramos nada que pueda describir con palabras, y sin embargo, éramos todo lo que habíamos soñado.

A partir de este momento, tú y yo no somos nada, y es irónico pensar que antes tampoco lo éramos, pero nos hacíamos ilusiones. Se acabó algo inexistente y ésta es nuestra realidad a partir de ahora. Me quedo pensando mientras escribo y recuerdo de golpe este mismo momento, pero con muchos otros nombres, y caigo en la cuenta de que al final de todo, de tus detalles, de los momentos, de los lugares, tú no alcanzaste a ser más que otro de tantos, y mi sonrisa se vuelve amarga, porque he descubierto al fin que toda esta tristeza simplemente se traduce en un lástima que no fue más que el resto.

Y ya sé que las despedidas no encajan con nuestros castillos de arena, pero de todo modos, y sólo por no quedarme con las ganas de hacerlo, te diré este último y doloroso adiós.

Nací siendo mujer

Nací siendo mujer, ¿qué puedo hacer para evitarlo? Lo he sido toda mi vida y soy feliz así. ¿Un misterio? Nunca habría pensado en mí definida de esa manera, tal vez sea cierto. Fui, soy y seré este conjunto de azar, de cambios hormonales, de realidad social y de yo misma que ves ahora, el resultado caprichoso de la unión de un espermatozoide y un óvulo. También soy un montón de historia, de ancestros, de risas y lágrimas que alguien vivió antes de que nadie sospechara que yo iba a existir. Soy la música y los atardeceres que guardo en mi memoria; la paz y la guerra mezclados en mi espíritu; lo que aprendo, lo que siento, quizá hasta sea un poco de ti mismo, pero antes que eso soy mujer.

Nací siendo mujer y como mujer te quiero, aunque aceptarlo sea tan doloroso. Te quiero desde mi vanidad, desde mi distracción y desde el grito de mi soledad. Soy mujer que te ha querido desde antes de nacer, que todos los días de su vida ha luchado por tu cariño. Soy mujer que te esperó todos los años, que lo único que pedía era que alguna vez me eligieras a mí antes que a ellas. Soy la que aguantó mil y una humillaciones, la que de tanto soportarte se hizo paciente, la que en un tiempo tan sólo quiso verte feliz.

Soy yo, la que se quedó sin llanto por desperdiciarlo en ti, la que a veces aún te llora, la que conoció la soledad a tu lado, la que dejaste a su surte cuando no podía vivir sin ti. La que imploró, suplicó, se desgarró por un poco de tu amor, la que aún debería ser una niña, pero que es esta mujer que creció sin ti.

¿Ya me entiendes? Lo diré más claro: esta mujer que tienes enfrente, esta mujer que se marcha, esta mujer es tu hija…

A tu muerte

A la memoria de Norma

Hay tanto que podría decir sobre la muerte, tanto sobre las ausencias en vida, sobre los muertos que respiran, sobre lo injusto que es que hayas muerto justamente tú, que al final, ahora que ya no existes, veo que no dejaste en mí ni un solo recuerdo desagradable, nada más que buenos recuerdos, huellas que, chicas o grandes, siempre fueron buenas y que viven en mí, están talladas entre mi piel y me protegen siempre.

Y es que la muerte es así, no sabe de justicia, ni le importa en lo absoluto lo que nosotros, los que nos quedamos a extrañarte, pensemos sobre tu ausencia irrevocable. A la muerte le valió un carajo que nosotros no supiéramos que tú, alma buena, tampoco eras invencible, que bastaba una infección, una estúpida infección del oído, como las que dan siempre, para que nos dejaras aquí, para que se acabara tu voz, y la mirada esa que tenías que a veces decía tanto, para que entendiéramos que nunca más se escucharán las palabras que sólo tú sabías decir, para que te nos hicieras, maldita hora, un triste pasado.

Ahora yo, que no temo a la muerte, que convivo con ella y que la tengo como musa imprescindible, me quedé sin poesía para expresar lo que me duele tu partida, tu metamorfosis, tu repentina manera de convertirte en polvo. Tanta es la tristeza que me quedé desarmada y ahora, sin espada gramatical que me valga, sólo puedo decirte que no hay palabras, que todo es silencio, que serás uno de esos huecos en mí que jamás dejarán de dolerme y que fue un gusto conocerte, aprender de ti, crecer contigo, tú, mujer buena que siempre fuiste mucha más que amiga.

Te extrañaré siempre.

Duelo

Es difícil escribir sobre ti después del terrible punto final que no deja espacio para segundas partes entre nosotros. Se acabó y nada hay ya que pueda evitarlo, simplemente ya no nos pertenecemos, ni somos familia, ni amigos, ni dada de nada.

Duele el vacío que dejó mi cariño al irse, duele el que ya no quiera escuchar tu voz, duele lo que no hiciste por mi, pero más que nada, sobre todas las cosas, duele el amor que se niega a morir, duelen los sueños que se rehúsan a abandonarme. Duelen las noches, duelen los días y también mi silencio que será permanente.

Vivo un duelo constante, el mismo de quien perdió un brazo, una pierna o a su ser más querido. Perderte a ti, perder tu nombre, es perder una parte otrora imprescindible de mí… será cuestión de tiempo olvidar el dolor, será cuestión de tiempo, o de llanto, o de reemplazar un poco de lo que tuve contigo con todo aquello que vaya viniendo.

El fulanito

¡Qué tonto eres, fulanito!, ¡Qué manera de desaprovechar tus oportunidades! Si fueras aunque sea un poquito inteligente saldrías corriendo a llamarme, o mejor aún, tomarías un camión, llegarías a mi casa y me raptarías sin más explicaciones. De veras que tú no sabes de telepatía, porque si escucharas tan sólo un instante lo que estoy pensando de ti y de mí, entonces sí que dejarías de hacerte el desaparecido y olvidarías todas las cosas que no nos dejan estar juntos, lo olvidarías todo, hasta que no soy tu tipo, hasta que no te creí que hubieras cambiado, y en vez de andar pensando en tonterías vendrías a mí para alegrar un poco estos días tan grises que vivo desde que estoy sin ti.

Y es que anoche soñé contigo en uno de esos sueños que te encantaría conocer, y el sueño aquél tan indecente me ha venido torturando la mente desde que abrí los ojos por la mañana. Si tú supieras, si tuvieras una mínima idea de lo que tengo ganas de hacer contigo, de todo los recovecos que podría besarte, de lo mucho que extraño tu voz, si tú supieras todo eso, hace tiempo que habrías dejado todo lo que nos separa para volver junto a mí.

Sé que el dejarlo todo y quedarte tan sólo conmigo nunca fue parte del plan original pero siendo sinceros nada de lo nuestro estaba planeado cuando todo empezó. En un principio yo no pensaba besarte y tú no pensabas hacerme parte de tu vida. Tampoco pensaba extrañarte e imagino que tú no planeabas quererme, y sin embargo lo hicimos, quizá seguimos haciéndolo, o al menos yo te sigo echando de menos. ¡Qué falta me hacen tus chistes tontos, tu aparente simpleza, su sorprendente actitud ante la vida! Cómo extraño pensar en ti, sentir la confianza de marcar tu teléfono, tener tu nombre en la punta de la lengua o justo en el centro de una sonrisa picaresca.

Desde que te pedí partir todo se ha vuelto menos interesante, mucho más aburrido. El mundo (y mi vocecita interna) me dices que fue lo mejor, pero ¿cómo me deshago de este tedio interminable? La vida transcurre sin emociones, sin condimentos. La única constante que hay en mi mente es algo que nunca te dije, ni siquiera dejé que lo intuyeras. Es algo que quise decirte muchas veces y nunca tuve el valor de hacerlo. Son tres simples palabritas que cómo molestan a mi vocecita insistente... ¿aún no lo adivinas? es muy simple: *todavía te quiero.*

El amor es una bestia infernal

El amor es una bestia del infierno que inventó algún diablo con tal de lastimar a los seres humanos, el reemplazo perfecto de tridentes y llamas eternas (que tan caras han de salir a la hora del mantenimiento). El amor, el jodido amor es tan sólo una ilusión pasajera que nos hace creer que todo será mejor, que estamos menos solos, que nos da paliativos de esperanza y nos quita la resignación por el mundo de mierda en que nos tocó nacer y nos permite imaginar por un momento que la algarabía multicolor puede ser duradera.

Y entonces nosotros, débiles humanos que hemos crecido y vivido en este mundo sin colores, cubrimos de mariposas nuestras expectativas, y vamos por ahí difundiendo la ilusa idea de que la felicidad puede ser duradera, de que la estabilidad existe y de que la pesadilla ha terminado. Los diablos en tanto se divierten a nuestra costa, se ríen de nosotros como nosotros lo hacemos de Charly Chaplin en los cinco minutos en que parece optimista, y se ríen de lo lindo de nuestra ingenuidad, alargando lo más que pueden los días, alentando el tiempo para que el día de mañana nos duelan más los recuerdos.

Y cuando por fin un día la sospecha de que todo seguirá bien se vuelve creencia, cuando concluimos que hemos alcanzado la felicidad y que esta vez sí se quedará a nuestro lado, entonces vienen los malditos demonios a deshacer en un tronar de dedos todas nuestras ilusiones y nos muestran el mundo patético al que estamos atados porque así es la vida, y todo lo que creímos tener se vuelve huma ante nuestros ojos mientras descubrimos que la realidad sigue siendo tan miserable como siempre, y nosotros seguimos tan solos como de costumbre.

Índice general